

si algún amigo me hubiese repetido las atroces palabras que se le escaparon respecto á la señora de Mortsauf y á mí:

«—¡Estoy fastidiada de esos suspiros de tórtolo!—dijo.

Sin querer por eso justificar mi crimen, te haré observar, Natalia, que un hombre tiene para resistir á una mujer menos recursos que vosotras para escapar á nuestras persecuciones. Nuestras costumbres prohíben á nuestro sexo las brutalidades de la represión, que son en vosotras, por el contrario, cebo para el amante y que además os imponen las conveniencias. Yo no sé qué jurisprudencia de fatuidad masculina ridiculiza la reserva en el hombre, al paso que os dejamos el monopolio de la modestia para que tengáis el privilegio de los favores; pero, invertid los papeles, y el hombre sucumbe bajo la burla. Aunque defendido por mi pasión, no estaba en una edad en que se permanezca insensible á las triples seducciones del orgullo, de la adhesión y de la belleza. Cuando lady Arabella ponía á mis pies en medio de un baile, en el que era la reina por su elegancia y hermosura, los homenajes que recogía, y espiaba mi mirada para saber si su traje y peinado eran de mi gusto, y se estremecía de placer cuando me agradaba, yo me sentía dominado por su emoción. Manteníase, por otra parte, en un terreno en que yo no podía huir de ella; no me era posible rehusar ciertas invitaciones que partían del círculo diplomático: su alto rango le abría todos los salones, y con esa destreza que emplean todas las mujeres para obtener lo que desean, hacía que la señora de la casa la colocara en la mesa á mi lado, á fin de poder hablarme al oído. «Si yo fuese amada como la señora

Mortsauf, me decía, se lo sacrificaría todo.» Me proponía riendo las condiciones más humildes, me prometía una discreción á toda prueba y me pedía sufriese solamente que ella me amase. Un día me dijo estas palabras, que satisfacían todas las capitulaciones de una conciencia timorata y los reprimidos deseos del joven: «Su amiga siempre y su querida cuando usted quiera.» Por último, meditó hacer que sirviese á mi perdición la misma lealtad de mi carácter; sobornó á mi ayuda de cámara, y después de una reunión en que se mostró tan hermosa que estaba segura de haber excitado mis deseos, la encontré en mi casa. Este rasgo se supo en Inglaterra, y su aristocracia se consternó como el cielo á la caída de su ángel más hermoso. Lady Dudley se dio de la indignación del imperio británico, se redujo á su fortuna y quiso eclipsar con sus sacrificios á AQUELLA cuya virtud causó este célebre desastre. Lady Arabella se complacía, como el demonio sobre la aguja del templo, en mostrarme los más ricos tesoros de su amante reino.

Lee estas páginas, te lo ruego, con indulgencia. Se trata aquí de uno de los problemas más interesantes de la vida humana; de una crisis á que han estado sometidos la mayor parte de los hombres, y que quiero explicar aunque no sea más que para encender un faro sobre este escollo. Aquella hermosa lady, tan esbelta, tan delicada; aquella mujer de leche, tan frágil, tan dulce, de frente tan pura, coronada de finos cabellos rubios; aquella criatura cuyo brillo parecía fosforescente pasajero, es de una organización de hierro. Por fogoso que sea, ningún caballo resiste á su mano pequeña y

rosada, blanda en apariencia y que nada puede fatigar. Tiene el pie de la cierva, un pie pequeño pero seco y musculoso, bajo una envoltura de gracias indescriptible. Su fuerza es tal que nadie la rinde en una lucha; no hay hombre que pueda seguirla á caballo: ganaría á los centauros el premio de un *steeple chase*; tira á los gamos y á los ciervos sin detener su carrera. Su cuerpo no conoce el sudor; aspira el fuego de la atmósfera, y vive en el agua, so pena de no vivir. Así es que su pasión es completamente africana; su deseo marcha como el torbellino del desierto, de desierto cuyo ardiente inmensidad se pinta en sus ojos, de un desierto lleno de grandeza y de amor, con su cielo inalterable y sus frescas noches estrelladas. ¡Qué oposiciones con Clochegourd! ¡El oriente y el occidental! La una llamando á sí las menores partículas húmedas para alimentarse, la otra exudando su alma y envolviendo á sus fieles en una atmósfera luminosa; ésta viva y esbelta, aquélla lenta y mórbida. En fin, ¿no has reflexionado nunca acerca del sentido general de las costumbres inglesas? ¿No es la divinización de la materia, ó, si se quiere, un epicureísmo definido, meditado, aplicado sabiamente? Diga lo que diga, haga lo que haga, Inglaterra es materialista, acaso sin saberlo. Tiene pretensiones religiosas y morales, donde está ausente la espiritualidad divina, el alma católica, cuya gracia fecundante jamás será reemplazada por ninguna hipocresía, por bien representada que sea. Posee en el más alto grado esa ciencia de la vida que mejora las menores partículas de la materia, que hace que vuestra zapatilla sea la más bonita del mundo, que da á vuestras ropas un aroma indecible, que chapea

de cedro y perfuma los muebles, que da á hora fija un perfume suave y sabiamente preparado, que destierra el polvo, cubre de tapices desde la puerta de la calle hasta el último rincón de la casa, limpia las paredes de las cuevas, pule el aldabón de la puerta y temple los muelles del carruaje; que hace de la materia una masa blanda y nutritiva, brillante y limpia, en el seno de la cual expira el alma bajo el peso de la comodidad; que produce la espantosa monotonía del bienestar, que da una vida sin oposición, destituida de espontaneidad, y que, por decirlo así, nos convierte en máquinas. De repente, en medio de este lujo inglés, conozco una mujer, tal vez la única en su sexo, que me envuelve en los delirios del amor renaciente de su agonía, y á cuyas prodigalidades llevaba yo una severa continencia; ese amor que tiene bellezas abrumadoras y una electricidad propia, que me nos introduce frecuentemente en el cielo por las puertas de marfil de sus ensueños, ó nos conduce con sus alas á las más elevadas regiones. Amor horriblemente ingrato, que lanza sarcásticas carcajadas sobre los fríos cadáveres de los que mata, amor sin memoria, amor cruel que se parece en cierto modo á la política inglesa y en cuyos lazos caen la mayor parte de los hombres. Ya comprendes el problema. El hombre está compuesto de materia y de espíritu; la animalidad viene á concluir en él, y en él igualmente comienza el ángel. He ahí esa lucha que todos experimentamos entre un destino futuro que presentimos y los recuerdos de nuestros instintos anteriores, de los cuales no nos hemos separado enteramente; entre un amor carnal y un amor divino. Hay hombres que los resumen en uno solo, hay

otros que se abstienen; éste pasa revista, digámoslo así, al sexo entero, buscando la satisfacción de sus apetitos anteriores; aquél lo idealiza en una sola mujer, en la cual se resume el universo; los unos flotan indecisos entre las voluptuosidades de la materia y las del espíritu, los otros espiritualizan la carne pidiéndole lo que no puede dar. Si meditando sobre estos rasgos generales del amor tienes en cuenta las repulsiones y las afinidades que resultan de la diversidad de organizaciones y que rompen los pactos concluidos entre los que no se han experimentado; si juzgas los errores producidos por las esperanzas de los que viven más especialmente por el espíritu, por el corazón ó por la acción, que piensan, que sienten ó que obran, y cuyas aspiraciones se ven engañadas ó desconocidas en una asociación en que se encuentran dos seres igualmente débiles, tendrás una grandísima indulgencia para esas desgracias, respecto de las cuales se muestra generalmente implacable la sociedad. Lady Arabella contentaba y satisfacía los instintos, los órganos, los apetitos, los vicios y las virtudes de la materia sutil de que estamos formados, y era la querida del cuerpo; pero la señora de Mortsauf era la esposa del alma. El amor que satisface la querida tiene límites, porque la materia es finita, sus propiedades tienen fuerzas calculadas y está sometida á inevitables saturaciones. Así es que con frecuencia, en París y al lado de lady Dudley, sentía en mi corazón un vacío especial. Lo infinito es el dominio del alma, y, por consiguiente, el amor no tenía límites en Clochegourde. Amaba apasionadamente á lady Arabella; y ciertamente, si la bestia era sublime en ella, tenía también la supe-

rioridad de la inteligencia; su conversación burlona lo abrazaba todo. Pero yo adoraba á Enriqueta. Por la noche lloraba de placer; por la mañana de remordimiento. Hay mujeres bastante sabias para ocultar sus celos bajo la bondad más angélica, y son las que, como lady Dudley, han pasado de los treinta años. Estas mujeres saben entonces sentir y calcular, esprimir todo el jugo del presente y pensar en el porvenir, y pueden ahogar sus gemidos, frecuentemente legítimos, con la energía del cazador que no advierte una herida mientras persigue la caza. Sin hablar de la señora de Mortsauf, Arabella intentaba matarla en mi alma, donde la encontraba siempre, y su pasión se avivaba al soplo de este amor invencible. Á fin de triunfar por medio de comparaciones en que llevase ella la ventaja, no se mostraba suspicaz, importuna ni curiosa, como lo son la mayor parte de las jóvenes; pero, semejante á la leona que ha cogido entre sus fauces una presa y la ha llevado á suantro, velaba porque nada turbase su felicidad y me guardaba como una conquista cuya sumisión no es completa. Delante de ella yo escribía á Enriqueta, y jamás leyó una sola línea ni trató por ningún medio de saber las cartas escritas en los sobres; conservaba mi libertad y parecía que Arabella se había dicho: «Si lo pierdo, nadie acusará sino á mí». Y se apoyaba orgullosamente en su amor, tan abnegado, que me habría dado su vida sin vacilar si se la hubiera pedido. En fin, me hizo creer que si la abandonaba se mataría en seguida, era cosa de oír la celebrar, respecto á este punto, las costumbres de las viudas indias que se hacen quemar en la hoguera de sus maridos.

—Aunque este uso sea en la India una distinción reservada á la clase noble, y que, bajo este aspecto, sea poco comprendido de los europeos, incapaces de apreciar la desdenosa grandeza de este privilegio, confieso —me decía algunas veces— que en nuestras sencillas costumbres modernas la aristocracia no puede elevarse sino por medio de lo extraordinario de los sentimientos. ¿Cómo puedo hacer conocer á los plebeyos que la sangre de mis venas no se parece á la suya, sino muriendo de una manera muy distinta de como ellos mueren? Las mujeres sin un nacimiento ilustre pueden tener diamantes, cachemiras, caballos y aún también los blasones que deberían estarnos reservados, pues hoy se compra un nombre; pero amar con la frente alta, á despecho de la ley y contra la ley; morir por el ídolo que se ha elegido, haciéndose un sudario de las sábanas de su lecho; someter el mundo y el cielo á un hombre, robando así al Todopoderoso el derecho de hacer un dios; no faltarle por nada, ni aún por la virtud, pues negarse á él en nombre del deber es entregarse á algo que no es *él*, y sea un hombre ó una idea, en ello hay siempre traición; he aquí grandezas á las cuales no pueden alcanzar las mujeres vulgares que no conocen más que los caminos comunes, el gran camino de la virtud ó el tortuoso sendero de la cortesana.

Procedía, pues, por medio del orgullo, halagaba todas las vanidades deificándolas, me colocaba á tal altura y me rendía tanto culto, que no podía vivir sino á mis pies; así, todas las seducciones de su espíritu eran expresadas por su posición de esclava y por su entera sumisión. Sabía permanecer todo un día apo-

yada en mis rodillas, silenciosa, ocupada en mirarme, esperando la hora del placer como una odalisca del seraglio, y adelantándola siempre por medio de hábiles coqueterías, pero fingiendo esperarla con paciencia. ¿Con qué palabras podré pintar los seis primeros meses de aquellas relaciones, durante los cuales fui presa de los enervantes goces de un amor fértil en placeres, y que los variaba con el sabor que da la experiencia, pero ocultando su instrucción con los arrebatos de la pasión? Aquellos placeres, revelación súbita de la poesía de los sentidos, constituyen el vigoroso lazo con que los jóvenes se sujetan á las mujeres de más edad que ellos; pero este lazo es el nudo del ahorcado, deja en el alma una señal indeleble, y le inculca un disgusto, un fastidio anticipado por los amores frescos, cándidos, ricos solamente en flores y que no saben servir el alcohol del sensualismo en copas de oro cuidadosamente cinceladas y enriquecidas de piedras que brillan con fuegos inextinguibles. Saboreando esas voluptuosidades que soñaba sin conocerlas, que había expresado en mil ramilletes, y que la unión de las almas hace mil veces más ardiente, no me faltaban paradojas para justificar á mis ojos la complacencia con que apuraba aquella hermosa copa. Con frecuencia, cuando perdido en el infinito de aquella laxitud del deleite, mi alma, desprendida del cuerpo, se mecía lejos de la tierra, pensaba que aquellos placeres eran un medio de anular la materia y de devolver el espíritu á su vuelo sublime. Algunas veces lady Dudley, como muchas mujeres, se aprovechaba de la exaltación á que conduce el exceso de felicidad para ligarme con juramentos, y bajo la influencia del deseo me arran-



caba blasfemias contra el ángel de Clochegourde. Una vez traidor, fui también embustero. Continué escribiendo á la señora de Mortsauf como si fuese siempre el niño de traje azul á quien tanto amaba; pero, lo confieso, su don de segunda vista me hacía estremecer cuando pensaba en el desastre que una indiscreción podía causar en el precioso castillo de mis esperanzas. Con frecuencia, en medio de mis alegrías, un dolor repentino me dejaba helado, y oía pronunciar el nombre de Enriqueta á una voz desconocida, como el *Cain*, ¿dónde está Abel? de la Escritura. Mis cartas quedaron sin respuesta: me sobrecogió una viva inquietud y quise partir para Clochegourde. Arabella no se opuso, pero habló con la mayor naturalidad de acompañarme á Turena. Su capricho, aguijoneado por la dificultad, sus presentimientos, justificados por una felicidad inesperada, todo había engendrado en ella un amor real que deseaba hacer único. Su genio de mujer le hizo ver en aquel viaje un medio de separarme eternamente de la señora de Mortsauf, en tanto que, ciego por el miedo, arrastrado por la ingenuidad de la verdadera pasión, no vi el lazo en que iba á caer. Lady Dudley propuso las condiciones más humildes y previno todas las objeciones, consintió en vivir cerca de Tours, en el campo, desconocida, disfrazada, sin salir de día y escogiendo para nuestras citas las horas de la noche en que nadie podía encontrarnos. Salí de Tours á caballo, dirigiéndome á Clochegourde. Tenía mis razones para no ir en carruaje, pues me hacía falta un caballo para mis excursiones nocturnas, y el mío era un animal árabe que lady Esther Stanhope había enviado á la marquesa, y

que ésta me había cambiado por aquel famoso cuadro de Rembrandt que tiene en su salón de Londres y que tan singularmente había venido á mi poder. Tomé el camino que seis años antes había recorrido á pie y me detuve bajo el nogal. Desde allí vi sobre la terraza á la señora de Mortsauf vestida de blanco. En seguida me lancé hacia ella con la rapidez del relámpago, y estuve algunos momentos bajo el muro, después de haber franqueado la distancia en línea recta como si se tratase de una carrera de hipódromo. Enriqueta oyó los saltos prodigiosos de la golondrina del desierto, y, cuando me detuve al pie de la terraza, me dijo:

—¡Ah! ¡ya está usted aquí!

Estas tres palabras me aterraron. Enriqueta sabía mi aventura. ¿Quién se la había dado á conocer? Su madre, cuya odiosa carta me enseñó algunos días después. La debilidad indiferente de aquella voz, en otro tiempo llena de vida, y la palidez mate de su acento, revelaban un profundo dolor y exhalaban no sé qué olor de flores tronchadas. El huracán de la infidelidad, semejante á esas crecidas del Loira que esterilizan para siempre una tierra, había pasado por su alma, haciendo un desierto allí donde verdeaban opulentas praderas. Hice entrar mi caballo por la puertecilla, echóse sobre el césped á una palabra mía, y la condesa, que se había acercado con lentitud, exclamó:

—¡Hermoso animal!

Tenía los brazos cruzados para que no pudiese cogerle la mano; adiviné su intención.

—Voy á prevenir al señor de Mortsauf—dijo alejándose.

Quedé de pie, confundido, dejándola ir, contemplándola siempre noble, lenta y altiva, más blanca que nunca la había visto, pero llevando en la frente el livido sello de la más amarga melancolía é inclinando la cabeza como un lirio demasiado cargado de rocío.

—¡Enriqueta!—exclamé con la rabiosa ansiedad del hombre que se siente morir.

No se volvió, no se detuvo, no se dignó decirme que me había retirado su nombre, que no respondía á mi voz y siguió adelante. En aquel espantoso valle donde deben reunirse mil pueblos hechos polvo, cuyas almas animan ahora la superficie del globo, en el seno de aquella multitud oprimida por las inmensidades luminosas que brotan de su gloria, podré encontrarme pequeño; pero seguramente no quedaré más anonadado que lo fuí ante aquella forma blanca, subiendo como sube el agua en las calles de una ciudad inundada, subiendo con paso igual al castillo de Clochegourde, la gloria y el suplicio de aquella Dido cristiana. Maldije á Arabella con una sola imprecación, que la hubiera matado de alcanzarla; ¡ella, que lo había dejado todo por mí, como se deja todo por Dios! Quedé sumergido en un mundo de pensamientos, viendo en todas partes el infinito del dolor. Entonces vi que bajaban todos. Santiago corría con la impetuosidad ingenua de sus años; gacela de ojos moribundos, Magdalena acompañaba á su madre. El señor de Mortsauf vino á mí, me tendió los brazos, me estrechó entre ellos, me besó en las mejillas y me dijo:

—¡Félix, he sabido que le debo á usted la vida!

La señora de Mortsauf nos volvió la espalda durante

esta escena, bajo pretexto de enseñar el caballo á Magdalena estupefacta.

—¡Ah, diantre! ¡he aquí lo que son las mujeres!—exclamó el conde con cólera;—¡pues no están mirando el caballo!

Magdalena se volvió, vino á mí y le besé la mano mirando á la condesa, que se ruborizó.

—Magdalena está mucho mejor—dije.

—¡Pobre hija mía!—respondió la condesa besándola en la frente.

—Sí, por el momento están todos bien—repuso el conde,—sólo yo, mi querido Félix, estoy quebrantado como una torre vieja que va á caer.

—Parece que el general tiene siempre sus negras ideas—dije mirando á la señora de Mortsauf.

—Todos tenemos nuestros *blues devils*—respondió;—¿no es esa la palabra inglesa?

Subimos hacia el cercado paseándonos juntos, y comprendimos todos que había sobrevenido algún acontecimiento. Enriqueta no tenía el menor deseo de quedarse sola conmigo; no me consideraba ya sino como su huésped.

—¡Ah! ¿y su caballo?—dijo el conde cuando hubimos salido.

—Mi *groom* llegará pronto y cuidará de él—respondí.

—¿El *groom* llega también de Inglaterra?—preguntó la condesa.

—Como que se forma allí—replicó el conde, que se puso alegre al ver á su mujer triste.

La frialdad de su esposa le proporcionó una ocasión de contradecirla y me abrumó con su amistad: enton-

ces conocí la pesadez de la amistad de un marido. No creas que el momento en que sus atenciones asesinan á las almas nobles, es cuando las mujeres prodigan una afección que parece robada; se hacen odiosas é insupportables precisamente el día en que ese amor se extingue. La buena inteligencia, condición indispensable y esencial en las amistades de este género, parece entonces un medio y se hace pesada y horrible como todo medio que un fin no justifica.

—Mi querido Félix—me dijo el conde cogiéndome las manos y estrechándomelas afectuosamente,—perdone ustedá la señora de Mortsauf; las mujeres tienen necesidad de ser caprichosas; su debilidad las excusa, y no sabrán tener nunca la igualdad de humor que nos da la fuerza de carácter. Ella le quiere á usted mucho; lo sé, pero...

Mientras el conde hablaba, la señora de Mortsauf se alejó de nosotros insensiblemente á fin de dejarnos solos.

—Félix—me dijo en voz baja el conde contemplando á su mujer que se dirigía al castillo acompañada de sus dos hijos,—ignoro lo que pasa en el alma de la señora de Mortsauf; pero su carácter ha cambiado completamente desde hace seis semanas. Ella, tan dulce, tan abnegada hasta aquí, tiene unas rarezas increíbles.

Manette me dijo más tarde que la condesa había caído en un abatimiento que la hacía insensible á las importunidades del conde. No encontrando tierra blanda donde clavar sus flechas, aquél se había vuelto inquieto, como el niño que no ve moverse al gusano que atormenta. En aquel momento necesitaba un confidente, como el verdugo necesita un ayudante.

—Procure usted—me dijo después de una pausa—interrogar á la señora de Mortsauf. Una mujer tiene siempre secretos para su marido, pero á usted tal vez le confie el motivo de sus penas. Aunque debiese costarme la mitad de los días que me quedan de vida y la mitad de mi fortuna, todo lo sacrificaría por hacerla feliz. ¡Me es tan necesaria! Si no siento en mi vejez á ese ángel á mi lado, seré el más desgraciado de los hombres... ¡Y quiero morir tranquilo! Dígale, pues, que no tendrá que sufrirme mucho tiempo, porque, Félix, yo me voy, lo sé perfectamente. Á todo el mundo oculto la fatal verdad, porque ¿para qué afligirlos de antemano? He concluído por saber la causa de mi enfermedad: la sensibilidad me ha matado. En efecto, todas nuestras afecciones hieren el centro gástrico.

—De suerte—le dije sonriendo—que los hombres de razón perecen por el estómago.

—No se burle usted, Félix, nada es más cierto: las penas demasiado vivas exageran el juego del gran simpático, y esta exaltación de la sensibilidad mantiene en una constante irritación la mucosa del estómago. Si este estado persiste, produce perturbaciones, primero insensibles en las funciones digestivas: las secreciones se alteran, el apetito se deprava y la digestión se hace caprichosa; bien pronto aparecen dolores punzantes, se agravan, y de día en día se hacen más frecuentes; luego la desorganización llega al extremo, como si al veneno lento estuviere mezclado con el bolo alimenticio: la mucosa se espesa, se opera la induración de la válvula del píloro y se forma un scirro que produce la muerte. Pues bien, yo he llegado á ese punto,

amigo mío. La induración sigue adelante sin que nadie pueda detenerla. Vea usted mi cutis amarillento, mis ojos secos y brillantes, mi excesiva flacura... es que me deseco. ¡Qué quiere usted! He traído de la emigración el germen de esta enfermedad: ¡he sufrido tanto! Mi matrimonio, que podía reparar los males de la emigración, lejos de calmar mi alma ulcerada, ha reavivado la herida. ¿Qué he encontrado aquí? Eternas alarmas causadas por mis hijos, disgustos domésticos, una fortuna que rehacer, economías que engendraban mil privaciones que imponía á mi mujer y con las cuales sufría yo más que nadie. En fin, este secreto no lo confiaría más que á usted; pero he aquí mi pena más dura: aunque es un ángel, no me comprende, no sabe nada de mis dolores, los contraría... y yo la perdono. Mire usted; esto es horrible decirlo, amigo mío; pero una mujer menos virtuosa que ella me habría hecho más feliz prestándose á consuelos que Blanca no imagina, porque es inocente como una niña. Añada usted á esto que mis criados me atormentan, porque son estúpidos que entienden griego cuando hablo francés. Al fin nuestra fortuna ha sido reconstituída, aunque poco á poco; no tengo ya tantos motivos de irritación y de fastidio, pero el mal ya está hecho: después ha venido mi enfermedad, tan mal comprendida por Origet, y hoy apenas me quedan seis meses de vida...

Yo escuchaba al conde con terror. Cuando volví á ver á la condesa, el brillo de sus ojos secos y el tinte amarillento de su frente casi me aterraron, y arrastré al conde hacia la casa, fingiendo escuchar sus quejas mezcladas de disertaciones médicas; pero no me cui-

aba más que de Enriqueta y quería observarla. La encontré en el salón, presenciando una lección de matemáticas que daba á Santiago el abate Dominis y enseñando á Magdalena un punto de encaje. En otro tiempo hubiera hallado, el día de mi llegada, el medio de aplazar las ocupaciones para dedicarse enteramente á mí; pero mi amor era tan profundamente verdadero, que rechacé de mi corazón el despecho que me causó este contraste entre el presente y el pasado, porque era el fatal tinte amarillo pálido que en aquel rostro celestial parecía el reflejo de los fulgores divinos que los pintores italianos han puesto en la cara de los santos. Sentí el soplo helado de la muerte; luego, cuando cayó sobre mí el fuego de sus ojos destituidos de aquella agua límpida en que antes nadaba su mirada, no pude menos de estremecerme. Advertí entonces algunos cambios debidos al pesar y que no había notado al estar libre: aquellas líneas tan menudas que en mi primera visita no estaban más que ligeramente impresas sobre su frente, la habían surcado; sus sienas azuladas parecían ardientes, cóncavas; sus ojos estaban hundidos bajo sus cejas, y la veía macilenta y marchita como una fruta prematuramente mordida por un gusano. Yo, cuya gran ambición era verter la dicha á raudales en el alma, ¿no había amargado la fuente en que se resaca su vida y se animaba su valor? Fui á sentarme a su lado y le dije con voz en que vibraba el arrepentimiento:

—¿Está usted satisfecha de su salud?

—Sí—respondió clavando su mirada en la mía.

Él indicando á Santiago y Magdalena, añadió:

—He ahí mi salud.

Victoriosa en su lucha con la naturaleza, Magdalena era mujer á los quince años; había crecido, sus colores de rosa de Bengala renacían en sus mejillas amarillentas; había perdido la ingenuidad de la niña que todo lo mira de frente y empezaba á bajar los ojos; sus movimientos se habían hecho lentos y majestuosos, como los de su madre; su talle era esbelto y las gracias de su seno florecían ya; la coquetería ondeaba sus magníficos cabellos negros, separados en dos bandas sobre su frente de española, y se parecía á esas preciosas estatuas de la Edad media tan finas de contornos, de formas tan delicadas que la mirada teme romper al contemplarlas; pero la salud, ese fruto alcanzado después de tantos esfuerzos, había puesto en sus mejillas el terciopelo del melocotón y en su cuello el vello sedoso que tanto embellecía á su madre y con el que jugaba la luz. ¡Debía vivir! ¡Dios lo ha escrito, querido capullo de la más bella de las flores humanas, sobre las largas pestañas de tus párpados, sobre la curva de tus hombros, que prometen desarrollarse tan ricamente como los de tu madre! Aquella hermosa niña de talle de palmera contrastaba con Santiago, débil joven de diez y siete años, cuya cabeza había engruesado, cuya frente inquietaba por su rápida extensión, cuyos ojos, febriles y fatigados, estaban en armonía con su voz profundamente sonora. El órgano lanzaba un volumen de sonidos demasiado grande, lo mismo que la mirada dejaba escapar demasiados pensamientos. Eran la inteligencia el alma, el corazón de Enriqueta, devorando con su ardiente llama un cuerpo sin consistencia, pues San-

ago tenía esa tez lechosa animada de colores ardientes que distingue á los jóvenes marcados por la fatalidad para ser abatidos en un tiempo determinado. Medeciendo á la seña con que Enriqueta, después de haberme mostrado á Magdalena, indicaba á Santiago, que trazaba figuras geométricas y cálculos algebraicos sobre un encerado ante el abate Dominis, me estremecí al ver el aspecto de aquella muerte oculta por flores y cometí el error de la pobre madre.

—Cuando los veo así—me dijo con la mirada brillante de placer maternal,—la alegría hace callar mis dolores, del mismo modo que calla y desaparece mi dolor cuando los veo enfermos. Amigo mío; si otras ilusiones nos engañan, los sentimientos así recompensados, los deberes cumplidos y coronados de éxito compensan la decepción en otra parte sufrida. Santiago será, como usted, un hombre de alta instrucción, lleno de virtuoso saber; será, como usted, el honor de su país; gobernará tal vez un día, ayudado por usted, que será colocado á gran altura; pero yo procuraré que sea fiel á sus primeras afecciones. Magdalena, esa querida naturaleza, tiene ya el corazón sublime; es pura como la nieve de las altas cimas de los Alpes, tendrá la abnegación de la mujer y su graciosa inteligencia, y, como usted, será digna de los Lenoncourt. Su madre, en este tiempo tan atormentada, es ahora muy feliz, feliz en una felicidad infinita y sin mezcla; sí, mi vida está rica, mi vida es rica. Ya lo ve usted; Dios hace florecer mis alegrías en el seno de afectos permitidos, y no mezcla de amargura aquellas hacia las cuales me arrastra una inclinación peligrosa.

—¡Bien!—exclamó alegremente el abate;—el señor vizconde sabe tanto como yo.

Al terminar su demostración, Santiago tosió ligeramente.

—Basta por hoy, mi querido abate—dijo la condesa conmovida,—y, sobre todo, nada de lección de química. Monta á caballo, Santiago, y sé prudente, hijo mío.

Y se dejó besar por su hijo con la acariciadora pero digna voluptuosidad de una madre, y con los ojos vueltos hacia mí como para insultar mis recuerdos.

—Pero—le dije mientras seguía á Santiago con una larga mirada—no me ha contestado usted. ¿Siente usted algún dolor?

—Sí, á veces en el estómago. Si estuviera en París, tendría los honores de una gastritis, la enfermedad de moda.

—Mi madre sufrió mucho y con frecuencia—me dijo Magdalena.

—¡Ah!—repuso Enriqueta—¿le interesa á usted mi salud?

Magdalena, sorprendida de la profunda ironía implícita en estas palabras, nos miró á uno tras otro: mis ojos contaban las flores bordadas en el almohadón del sofá verde gris que adornaba el salón.

—Esta situación es intolerable—le dije al oído.

—¿Soy yo quien la ha creado?—me preguntó.

Y afectando esa falsa alegría con que las mujeres recrudescen sus venganzas, añadió en voz alta:

—¿No son siempre enemigas Francia é Inglaterra?—Magdalena sabe eso, y sabe también que las separa un mar inmenso, frío, tempestuoso...

Los vasos de la chimenea habían sido reemplazados por candelabros, sin duda con el objeto de quitarme el placer de llenarlos de flores. Más tarde los encontré en el cuarto. Cuando llegó mi criado, salí para darle órdenes: me traía algunos objetos que quise llevar á mi habitación.

—No se equivoque usted, Félix—me dijo la condesa;—el antiguo cuarto de mi tía es ahora el de Magdalena, el de usted es el que está encima del que ocupa el conde.

Aunque culpable tenía corazón, y todas estas palabras eran puñaladas friamente asestadas en los lugares más sensibles, y que ella parecía escoger para herir. Los sufrimientos morales no son absolutos: están en razón de la delicadeza de las almas, y la condesa había recorrido maravillosamente esta escala de los dolores; pero, por esta misma razón, la mujer más bondadosa será siempre más cruel cuanto más bienhechora ha sido. Yo la miré bajó la cabeza. Fuí á mi nueva habitación, que era sencilla, blanca y verde. Allí, rompí á llorar. Enriqueta me oyó y vino trayendo un ramillete de flores.

—Enriqueta—le dije,—¿no perdona usted la más disculpable de las faltas?

—Nunca más me llame usted Enriqueta—me respondió;—esa pobre mujer no existe ya; pero en la señora de Mortsauf encontrará usted siempre una amiga adicta que le escuchará, que le amará. Félix, más tarde hablemos. Si aun conserva usted ternura para mí, deje que me acostumbre á verle, y cuando haya conseguido un poco de valor, cuando las palabras no me desgarran tanto el corazón... entonces... solamente entonces...

Y mostrándome el Indre, que se desarrollaba á lo lejos como una cinta de plata, añadió:

—¿Ve usted ese valle? Me hace daño, lo amo siempre.

—¡Ah! ¡Perezca Inglaterra y todas sus mujeres!—exclamé;—voy á presentar mi dimisión al rey, y moriré aquí perdonado.

—No, ame usted á esa mujer. Enriqueta no existe ya. Esto no era un juego... Ya lo sabía usted.

Y se retiró, descubriendo por el acento de su última palabra la extensión de sus heridas.

Salí vivamente, la detuve y le dije:

—¿No me ama usted ya?

—Me ha causado usted mucho más daño que los otros todos juntos. Hoy sufro menos; le amo, pues, menos; sólo en Inglaterra se dice *ni nunca, ni siempre*, y aquí decimos *siempre*. Sea usted juicioso, no aumente mi dolor, y, si sufre usted, piense que yo vivo.

Me retiró su mano, que tenía entre las mías, fría, húmeda, sin movimiento, y escapó con la ligereza de una flecha, atravesando el corredor en que se había ventilado esta escena verdaderamente trágica.

Durante la comida, el conde me reservaba un suplicio con el cual no había contado.

—¿No está en París la marquesa de Dudley?—pregunté.

Enrojé excesivamente al contestarle:

—No.

—¿No está en Tours?

—Como no se ha divorciado, puede haber vuelto á Inglaterra—contesté con viveza;—su marido sería muy feliz si quisiera volver á su lado,

—¿Tiene hijos?—me preguntó la señora de Mortsauf con voz alterada.

—Dos—respondí.

—Y ¿dónde están?

—En Inglaterra, con su padre.

—Vamos, Félix, sea usted franco—exclamó el conde, —¿es tan hermosa como se dice?

—¿Puede hacerse semejante pregunta?—replicó la condesa;—la mujer que se ama ¿no es siempre la más hermosa de las mujeres?

—Sí, siempre—repuse con orgullo, lanzándole una mirada que no sostuvo.

—¡Qué feliz es usted!—exclamó el conde;—sí, es usted un calavera muy dichoso. ¡Ah! en mi juventud una conquista como esa me hubiera vuelto loco...

—Basta, basta—dijo la condesa indicando con una mirada á Magdalena.

—Pero ya no soy un niño—añadió el conde, que se complacía en hacerse el joven.

Al salir del comedor, la condesa me llevó á la terraza, y cuando estuvimos solos, me dijo:

—¡Cómo! ¿Hay mujeres que sacrifican sus hijos á un nombre? La fortuna, el mundo, hasta la eternidad, lo concibo, pero ¡los hijos!... ¡privarse de los hijos!...

—Sí; y esas mujeres quisieran tener aun más que sacrificar, pues lo dan todo...

Enriqueta creyó que el mundo se había vuelto del revés, y sus ideas se confundieron. Sobrecogida por esta grandeza, sospechando que la felicidad debía justificar esta inmólacion, oyendo en sí misma los gritos de la carne rebelada, permaneció estupefacta contemplando

su existencia perdida. Sí, hubo en ella un momento de terrible duda, del que se levantó grande y santa llevando alta la cabeza.

—Ame usted, pues, mucho á esa mujer, Félix,—exclamó con lágrimas en los ojos;—veré en ella una hermana feliz. Le perdonaré el mal que me ha hecho si le da á usted lo que jamás debía encontrar aquí, lo que no podía obtener de mí. Ha tenido usted razón; yo no le he dicho nunca que le amaba, y jamás le he amado como se ama en este mundo. Pero, si no es madre, ¿cómo puede amar?

—Santa querida—repuse,—sería preciso que estuviera menos conmovido de lo que lo estoy, para hacerte comprender que estás colocada en una esfera muy superior á la suya. Ella es una mujer de la tierra, una hija de las razas caídas; tú eres la hija de los cielos, el ángel adorado; tú tienes mi corazón, y ella no tiene más que mi carne; ella lo sabe y esto la desespera, y se cambiaría por ti, aunque como precio de ese cambio le fuese impuesto el más cruel de los martirios. Pero todo esto es irremediable: para ti el alma, para ti los pensamientos, el amor puro, para ti la juventud y la vejez; para ella los deseos, los placeres de la pasión fugitiva; para ti mi recuerdo en toda su extensión, para ella el olvido más profundo.

Enriqueta fué á sentarse en un banco y exclamó rompiendo á llorar:

—Dime, dime eso, amigo mío. Félix, ¿no son errores la virtud, la santidad de la vida y el amor maternal? ¡Oh! ¡vierte ese bálsamo sobre mis heridas! ¡repite una palabra que me devuelve á los cielos, adonde quisiera

tender el vuelo con usted! ¡bendígame usted con una mirada, con una palabra sagrada, y le perdonaré las penas que desde hace dos meses estoy sufriendo!

—Enriqueta, hay en nuestra vida misterios que usted ignora. La encontré en una edad en que los sentimientos pueden ahogar los deseos inspirados por nuestra naturaleza; pero muchas escenas cuyo recuerdo me consolará en la hora de la muerte, han debido demostrarle que esa edad terminaba, y que su constante triunfo ha consistido en prolongar las mudas delicias. Un amor sin posesión se sostiene por la exasperación misma del deseo; luego llega un momento en que todo es sufrimiento en nosotros, que no nos parecemos en nada á usted, pues poseemos una fuerza que no podría ser abdicada sino dejando de ser hombres. Privado del alimento que debe nutrirle, el corazón se devora á sí mismo y siente un agotamiento que no es la muerte, pero que la precede. La naturaleza no puede ser mucho tiempo engañada, y al menor accidente despierta con una energía que se parece á la locura. No, no he amado, pero he tenido sed en medio del desierto.

—¡Del desierto!—exclamó con amargura abarcando el valle con un ademán.—¡Oh! ¡cómo razona! ¡cuántas distinciones sutiles! ¡los fieles no tienen tanto talento!

—Enriqueta—repuse,—no disputemos por algunas expresiones atrevidas. No, mi alma no ha vacilado, pero no he sido dueño de mis sentidos. Esa mujer no ignora que tú eres la sola amada, que ella sólo juega un papel secundario en mi vida... ¡Lo sabe y se resigna! Tengo el derecho de dejarla como se deja á una cortesana...

—¿Y entonces?